

Novela El treintañero autor inglés Adam Thirlwell propone una farsa agrídulce que enlaza con la mejor tradición del humor judío. Una ficción vertiginosa, cargada de referencias históricas, culturales y políticas

Pasatiempos vitales

Adam Thirlwell
La huida
Traducción de Aleix Montoto

ANAGRAMA
345 PÁGINAS
19,50 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

De pronto tengo la sensación de que Georges Perec, el Perec travieso e infinitamente divertido de *La vida instrucciones de uso* o el catalogador de *Tentativa de agotar un lugar parisino*, me hace un guiño de complicidad. Acabo de pasar la última página de *La huida* (*The escape*, 2009), la abrasiva novela de Adam Thirlwell (Londres, 1978), y admito que a lo largo de la lectura me he sentido acechado, acompañado, por sombras ilustres de la gran historia de la literatura, pero, sinceramente, no me esperaba que al final se alzara –quizás en buena lógica debería haberlo intuido– el perfil guiñolesco del mejor Perec. ¿Y todo eso adónde me (nos) lleva?

De inmediato a Adam Thirlwell. ¿Quién es? Thirlwell, a los 32 años, autor (bendecido por la revista *Granta*) de una novela transgresora, *Política*, que no conozco y que aquí pasó como el vuelo fugaz de una paloma rozando las copas de los árboles, encarna la última narrativa británica, lo cual implica el relevo de la hasta ahora hegemónica e intachable generación de los Ishiguro, McEwan, Amis, Barnes, etc. Su ascenso, su rutilante manera de concebir la novela encadenando la heterodoxia con la tradición, convierte en súbitamente viejos a sus antecesores. Su descaro formal, su culto al humor y el dolor judío cuyas raíces lo entroncan con el Bashevis-Singer de *Sosha* y *La familia Moskat* –no dejo de preguntarme qué debe pensar Woody Allen de *La huida*, en el supuesto que la haya leído–, el manejo de la trama al estilo de la novela decimonónica pero al mismo tiempo dando la impresión de que el hilo argumental no es lo más importante del libro, que si bien se mira en sus páginas sucede todo y no ocurre nada porque el narrador, irreverente por vocación, ha construido la obra con las manos libres y con la misma libertad desea que la leamos. Por todo ello, en esta segunda novela Adam Thirlwell pone jocosamente patas arriba los posibles dogmas de la literatura inglesa del siglo XXI. Con tajante inteligencia.

Y así llegamos a *La huida*. ¿Qué es? La historia de los devaneos de un tipo pintoresco llamado Raphael Haffner. ¿Quién es el tal Haffner? Un judío de setenta y ocho años, exfinanciero, viudo, inmaduro, libertino irredento, que ha deambulado por medio mundo, el

mundo turbulento de la época (hizo la segunda guerra en Anzio), y sus ojos son el espejo donde se reflejan los más significativos hechos de la historia contemporánea. Lo encontramos en una localidad termal de los Alpes, donde ha ido a reclamar la herencia de su difunta

Mientras, hospedado en el balneario del lugar remoto, Haffner consigue los favores de alto voltaje erótico de Zinka, su veinteañera instructora de yoga, y a la vez se deja seducir por la madura Frau Tummell, que se hospeda en el mismo hotel con su marido. Pero sucede que

La rutilante manera del autor de concebir el relato apunta a un relevo en la narrativa británica y convierte en viejos a sus antecesores

esposa que antes lo había abandonado, una villa familiar que le fue confiscada por los nazis y los demócratas se resisten a devolver. Las irritantes trabas de la burocracia local remiten con la máxima naturalidad a Kafka, pero, eso sí, vía Perec.

Haffner no es ya el que fue; ha envejecido, se acerca a los ochenta, tiene una hija casada que no quiere saber de él, un nieto, Benjamin, que sólo le admira por sus aventuras galantes. Está solo. No tiene quien le ame. Su vida ha sido una



El novelista inglés
Adam Thirlwell
COLIN MCPHERSON

PATROCINADO POR



permanente huida de toda responsabilidad. Sus días son plomizos, fríos y deprimentes. ¿Qué sentido tienen? De lo único que al final no puede evadirse es de sí mismo.

Adam Thirlwell ha estructurado una farsa agrídulce, trágica. Una brillante fábula sin moralina. No hay más que ver cómo en las cinco partes del libro presenta las múltiples facetas que configuran la vida y la personalidad del personaje: “Haffner atemporal”, “Haffner culpable”, “Haffner judío”, “Haffner borracho”, “Haffner mortal”, etc., hasta completar las veinte asociaciones que unidas dan textura a la hiperhistoria de ese individuo sobre el que, al borde del desenlace –y el vacío–, el narrador advierte: “Quizás este sea el momento de decidir si fue un héroe o un monstruo”. ¿Qué importancia tiene? Probablemente lo uno y lo otro, como buen hijo del cinismo y las indecencias de su tiempo, símbolo de lo mejor y lo peor que dio de sí el dichoso mil novecientos sin nunca reconocerse en una sola y contrastada identidad. Así la composición literaria de Raphael Haffner evoca el Tristram Shandy de Laurence Sterne, el bribonzuelo Tom Jones de Henry Fielding, el individuo sin atributos de Musil, la levedad del hombre moderno enunciada por Kundera, el exuberante y sombrío erotismo de Nabokov... El texto polimorfo de *La huida* está plagado de referencias poéticas, filosóficas y musicales, y de cavilaciones políticas y metafísicas. Por si no ha quedado claro, la obra tiene ambición de totalidad y quien la ha escrito, Adam Thirlwell, vocación irresistible de deicida, es decir, de alguien que con una varita mágica –el estilo– se propone suplantar la omnipotencia de Dios creando su propio universo para reinar absolutamente en él.

Esa es la fibra arrogante del joven Thirlwell, como en su día lo fue la de aquel otro joven genial de Nueva Orleans, John Kennedy Toole, que se suicidó en 1969, precisamente con 32 años, dejando acabado e inédito el original rabelesiano de *La conjura de los necios*. Creo que Raphael Haffner e Ignatius Reilly tienen en común, al margen del océano y el tiempo que los separa, el legado de Fielding, incluso de Swift, y el uso de la picaresca, el disparate y la comicidad en su alegato contra un mundo cruel y grotesco que los condenaba al ostracismo, les negaba el amor y hacía evidente la falta de substancia de sus vidas. Dicho esto, quiero insistir en que aquello que especifica la novela de Adam Thirlwell es la causticidad de su humor, el mismo humor judío de Georges Perec, Woody Allen o Billy Wilder, que da forma a una imagen grotesca de la realidad para mejor descuartizarla. Háganme el favor de retener el nombre de este autor: Adam Thirlwell. Y disfruten de su vertiginosa ficción. Sin apriorismos. |

Daniel Glattauer
Contra el norte /
Contra el vent
del nord

Traducción
al castellano de
Macarena González
y al catalán de
Carme Gala

ALFAGUARA /
LA CAMPANA
260 / 238
PÁGINAS
17,5 / 18 EUROS

El escritor
vienés Daniel
Glattauer
HERIBERT CORN



Novela El austriaco Daniel Glattauer se las ingenia para escribir una obra espistolar llena de humor y nostalgia a través de e-mails. Una reflexión sobre las relaciones sociales forjadas en internet y las historias de amor virtual

Una relación intangible

ÁNGELES LÓPEZ

Daniel Glattauer (Viena, 1960) ha escrito una novela de amor, que no lo es. Un libro que se atiene al género epistolar, sin serlo netamente. Pero, sobre todo, es un juego de seducción, que acaso se rompa en mil pedazos cuando uno de los dos “escribientes”, necesite pasar de la virtualidad al mundo tangible. Leo y Emmi juegan al antiguo juego de la persuasión, elongado en el tiempo gracias a la red de redes. Meses de galanteo, en un interminable solaz de adultos, en la esperanza de no perder la necesidad ensoñación que permiten que nos evadamos del áspero mundo real para aventurarnos “al otro lado del espejo”.

Leo recibe un e-mail en el que una desconocida (Emmi) le pide causar baja en la suscripción de una revista, por un error en la dirección de mail. Responde protocolariamente pero a partir de ese instante, se establece, primero tímidamente y después pasionalmente, una relación epistolar en la que uno y otro irán proyectando en tinta virtual sus anhelos y esperanzas hacia el otro... Sin llegar a incurrir en terrenos eróticos. Ella está casada y es notoriamente infeliz; él acaba de concluir una relación fallida. Son dos almas caídas que buscan compañía.

Pero, sin saberlo al principio, y sabiéndolo a golpe de e-mail, se verán inmersos en una ruleta rusa que dispara balas platónicas, sublimando deseos y magnificando al contrario. Ambos pueden fantasear sobre sí mismos y proyectar sobre el otro sus anhelos, revistiéndoles de un aura de perfección. Pero... poco imaginan que la “depen-

dencia” mutua, se convertirá en una sombra que regirá sus misivas.

Algunos autores, tímidamente, exploraron la “veta de silicio” abierta por el mundo de ceros y unos. Pero la novedad del austriaco Glattauer, es que no hay una voz narrativa y se equivoca quien piense que doscientas cincuenta páginas de e-mail de ida y vuelta, pueden resultar tediosos. Es la suya, una cualidad mestiza en la forma de contar, su sintaxis es un movimiento del alma en tanto que de forma interpuesta, sabe dosificar y calibrar magistralmente la historia, como un alquimista del verbo. Narración a tiempo real: les conocemos al tiempo que ellos se conocen. Con un dominio del tempo y la agógica emocional, matemática-

**Se equivoca quien
piensa que tantas
páginas de correos de
ida y vuelta pueden
resultar tediosas**

cos... ¡Hasta que todo estalla por los aires y deriva en un “amour fou” digno del mejor malditismo, a merced de palabra, imaginación y sinestesia, el trinomio que aviva la llama de esta novela en la que sabremos qué se puede sacrificar en la búsqueda de la felicidad.

Es esta una obra que provoca nostalgias y orfandades, crea adicción a la mejor literatura y genera el inconfundible sentimiento que motiva la escritura como forma de vida y la imaginación como espejo de la realidad. Pero... No entre en ella quien no espere un espacio pa-

ra la ironía y el humor elegante. Dice Glattauer que Emmi, su protagonista, tienen retazos de amigas suyas. Asegura que su grupo de amigos se habla, teoriza y especula sobre las relaciones y que siempre hay miembros del conventículo que tienen problemas, porque hombres y mujeres actúan de una manera u otra en función del receptor de sus sentimientos...

Ese fue el germen... Quizá sea el primer borrador de un futuro estudio sociológico del amor en tiempos de internet, de este columnista –hasta hace poco periodista judicial del diario vienés *Der Standard*–, que aún se sorprende de poder dedicarse exclusivamente a la escritura gracias al éxito de esta novela, por la que resultó finalista del prestigioso premio German Book Prize.

Glattauer no es de esos escritores que le duelen prendas al escuchar la palabra entretenimiento seguida de literatura... No en vano ha manifestado que no escribe para un grupo elitista de lectores y que se alegra de que existan libros para leer en verano y dejen, simplemente, un bello recuerdo. “Lo único que no me permito es trivialidad o estupidez”, concluye.

No es de extrañar que tanto esta obra, como su secuela, *Cada siete olas* –llegará en otoño a nuestras librerías–, tengan su correspondiente versión teatral, convertidas en Viena en un éxito, ni que esta ficción se haya traducido a treinta y dos idiomas, o que las productoras hagan cola para adaptarla a la gran pantalla. Un gran autor y un gran libro, escrito para explicar lo misterioso. |